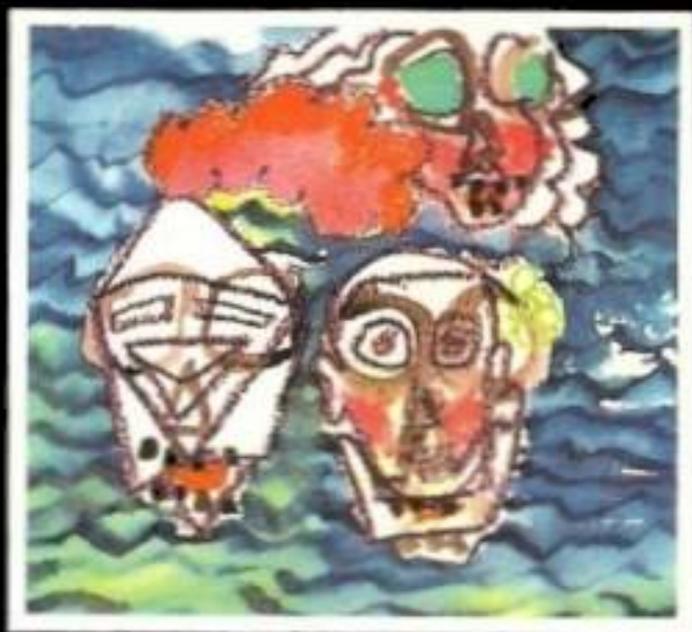


Jorge Manrique



Poesía

Edición de
Jesús-Manuel Alda Tesán

Este volumen recoge la obra poética conocida de Jorge Manrique. Si su poesía amorosa y cortesana, inserta en los módulos corrientes de la lírica del xv, no es nada desdeñable, sus famosísimas *Coplas* han quedado como una de las creaciones más bellas de la literatura españolas. Estas 40 estrofas de pie quebrado constituyen una profunda meditación sobre la fugacidad de la vida y un tributo de piedad filial. Un tema tradicional al que, según la definición clásica de Pedro Salinas, aportó Manrique una rara originalidad.

Introducción

El poeta

Semblanza de Jorge Manrique

La vida de los héroes se mide por la grandeza de sus hazañas. La de los artistas, por la calidad de sus creaciones. Ambas cosas fue Jorge Manrique, héroe y poeta, dejándonos en su persona una feliz conjunción de armas y letras ya no rara en su siglo, pero sí poco frecuente en los anteriores.

Perteneció don Jorge a una de las familias castellanas de más ilustre prosapia, entroncada nada menos que con el linaje de los Lara, que ha sido historiado por uno de nuestros más destacados genealogistas en una obra ya clásica^[1]. Los datos que aduce Luis de Salazar y Castro entre las páginas 407-411 del tomo II de su obra han sido el punto de partida para todos los esbozos biográficos que se han hecho del gran poeta. Allí se dice cómo «fue el cuarto de los hijos que aquel grande héroe (el maestre don Rodrigo Manrique) procreó en doña Mencía de Figueroa, su primera mujer, y no sólo se pareció a su padre en lo que los demás hermanos suyos, sino también en la claridad del entendimiento, discreción y elocuencia, de suerte que con la espada y con la pluma se supo hacer una estimación muy señalada». Un segundón de los Lara dio con su nombre origen a la estirpe de los Manrique en la que se fue perdiendo el apellido originario, que con posterioridad reivindicó fugazmente el único hijo varón de don Jorge, llamado don Luis Manrique de Lara, muerto, al parecer, sin sucesión.

(¿Pesaría sobre don Jorge un resentimiento moral a causa de este origen segundón de su linaje? Algo parece entreverse en sus famosas *Coplas* cuando con orgullo manifiesto eleva aquel monumento a su padre que ha conquistado con su esfuerzo la fama, colocándose en la cima de toda nobleza).

Por otra rama era lejano pariente colateral de la familia reinante, los Trastámara, pues su abuela paterna fue doña Leonor de Castilla, nieta de Enrique II.

Por línea materna estaba entroncado con la prócer casa de los Mendoza, si bien los Manrique no se llevaron muy bien con ellos. No obstante, don Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, fue siempre admirado por la familia de su prima doña Mencía.

La biografía de Jorge Manrique está inserta en la vida castellana de su tiempo y como diluida en la masa de las crónicas, generalmente parciales, que nos hablan de feroces luchas por el poder y nos retratan los modos de vida caballeresca y cortesana. Son muy pocos los datos concretos que poseemos sobre su vida personal. Tradicionalmente se vienen repitiendo los que resumió Amador de los Ríos^[2], que declara tomarlos a su vez de las historias de Palencia, Pulgar, Garibay, y Mariana, Salazar Castro y otros, y luego aprovechó J. Nieto^[3] en 1902. Antonio Serrano de Haro^[4] ha acudido modernamente a otras fuentes de información y, sobre todo, ha tratado de entrever el retrato personal del poeta a través de su obra. Algunas precisiones de detalle sobre la fecha de su muerte y sobre algún otro aspecto han sido hechas por R. P. Kinkade^[5], por Derek W. Lomax^[6] y por Francisco Caravaca^[7].

Nació Jorge Manrique hacia 1440, quizá en la villa palentina de Paredes de Nava, feudo paterno en el que don Rodrigo fue creado conde titular en premio a sus méritos. La fecha y el lugar son sólo probables. No sabemos tampoco si pudo conservar alguna impresión infantil de aquella

tierra que, en todo caso, debió compartir con otra bien distinta y lejana, pues parece que la familia vivía en Segura de la Sierra (Jaén), cabeza de la encomienda santiaguista confiada a su padre, y comarca próxima a la frontera del reino granadino, donde el comendador actuó con gran arrojo. Allí transcurrirían seguramente los años de su infancia junto a doña Mencía, su madre, y a otros hermanos que formaban la larga serie de una familia numerosa. Los Manrique fueron muy prolíficos. El maestro era el segundo hermano de una serie de quince en la que figura como quinto el famoso poeta y político don Gómez^[8]. El mismo don Rodrigo, casado sucesivamente en segundas y en terceras nupcias, tuvo hijos de sus varios matrimonios, y a su muerte, cuando ya contaba setenta años, encargaba a su hijo don Pedro, entonces mayorazgo, y a sus otros hermanos, que mirasen por la condesa doña Elvira de Castañeda y «por los otros hijos chequitos que en ella ove»^[9].

Malos años estos primeros de la vida de don Jorge. Casi a la vez que él venía al mundo, moría su abuelo el adelantado don Pedro, verdadero patriarca de la familia, que, sin duda, dejó honda huella en sus sucesores. El hecho ocurrió en circunstancias extrañas que hicieron pensar en el veneno, y tras una vida entregada a la revuelta y peligrosa política de su tiempo. Antes de 1445 murió también doña Mencía, en Segura de la Sierra, dejando en la crianza de sus hijos un hueco que mal habían de ocupar sucesivas madrastras. En este mismo año tuvo lugar la famosa batalla de Olmedo, adversa para el partido de los Manrique. El suceso tuvo gran resonancia y representó un triunfo momentáneo, pero destacado, para el condestable don Álvaro de Luna, tanto como un serio revés para los nobles descontentos. Es de suponer que la derrota, ocurrida no muy lejos de las tierras palentinas, y el quebranto moral y material de la familia causaran honda sensación en el muchacho.

A estos datos puede añadirse el ejemplo de caídas ilustres sucedidas en pocos años, como la muerte, en la derrota de Olmedo precisamente, del maestre de Santiago, don Enrique, hijo de don Fernando *el de Antequera* y uno de los famosos «infantes de Aragón»; el final desastroso de don Álvaro de Luna, cuya decapitación en Valladolid (1453) fue ejemplo sonado en el mundo, y, en fin, la muerte, un año después del «muy prepotente don Juan el segundo», muy variable en sus favores y desfavores a los Manrique y hombre de escasa voluntad, pero símbolo de una corte esplendorosa. Años más tarde, en 1468, otra ráfaga de aire helado se llevará, «cuando más ardía el fuego», al joven príncipe don Alfonso, jurado rey en Ávila por el bando en que militaban don Rodrigo y los suyos.

Si, como dicen los psicólogos, las impresiones de la infancia contribuyen a la formación del carácter, Jorge Manrique recibió muy pronto lecciones bien directas que pudieron decidir su temple. Apenas sí tenemos testimonios de cómo fue. Sólo leves alusiones o citas rápidas de algún historiador coetáneo, como Hernando del Pulgar, que relata su muerte, y que bien pudo haberle incluido en su galería de *Claros varones de Castilla*, como hizo con su padre. Un retrato que se conserva en Toledo fue pintado siglos más tarde y no garantiza su verídica fisonomía. Pero cabe pensar en un joven introvertido, delicado y melancólico, a la par que belicoso y arrojado.

Libros de la época, como el *Victorial* o el de los *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo*^[10], se paran a contar deliciosamente detalles de la vida interior en los palacios, leyes de caballería y ambiente de los grandes señores. ¿Participaría Jorge Manrique de un regalo semejante en la interioridad de su vida familiar? Bien pudieron permitirle el rango de su linaje y el lugar que su padre y toda su familia ocupaban en la estimación caballeresca de su tiempo, pero es muy aventurado suponerlo.

El mismo don Jorge tuvo pronto también puesto propio en la escala social de aquella nobleza, y fue, entre otras cosas, caballero santiaguista trece^[11], y comendador de Montizón, en tierras de La Mancha, de la misma Orden, además de capitán de hombres de armas, y como tal intervino en tantos ires y venires, pasiones partidistas y escaramuzas y batallas brutales promovidas por ambiciones desmedidas y por la inestabilidad de la política. «No hay más Castilla; si no más guerras habría», dice el citado Pulgar en una de sus *Letras*^[12]. «En esta división (la de Enrique IV y su hermano don Alfonso, 1464-67) se despertó la cobdicia e creció la avaricia, cayó la justicia e señoreó la fuerza, reinó la rapiña e disolviose la luxuria, e ovo mejor logar la cruel tentación de la soberbia que la humilde persuasión de la obediencia», vuelve a decir el mismo en otra ocasión^[13].

Sin embargo, hoy nos produce la impresión de que los hijos de don Rodrigo estaban bastante ensombrecidos por la figura de su padre, verdadero caudillo

...tanto famoso
y tan valiente.

Las citas que las crónicas hacen del gran poeta hablan de él, por lo general, como «fijo del maestre don Rodrigo Manrique». La herencia de un apellido ilustre supone muchas veces una servidumbre que con frecuencia daña a la propia personalidad. Y, por otra parte, hoy, que nuestra estimación se dirige en otro sentido, nos parece muy natural que para su tiempo la figura destacada fuera don Rodrigo. Es lógico que la fama se fijara, sobre todo, en el hombre poderoso y dinámico que poseía, según Pulgar, las dos virtudes necesarias al buen capitán: «la prudencia y la fortaleza», y que «esperaba con buen esfuerzo los peligros, acometía las hazañas con grande osadía, e ningún trabajo de guerra a él ni a los suyos era nuevo»^[14]. «El segundo Cid»,

le llama su hermano don Gómez^[15], que es, sin duda, el intelectual y el diplomático de la familia, además de gran poeta. Notemos, sin embargo, cómo el maestro, después de una vida ajetreada y llena de grandeza guerrera, moría ya viejo en su lecho, de muerte natural, mientras el hijo, todavía joven, dejaba la vida poco después en el campo de batalla.

Tres constantes vitales y la muerte

Dejando lo episódico como marginal, y buscando en un hombre aquello que realmente informa su vida y constituye su razón de ser, encontramos en Jorge Manrique tres constantes: Amor, Poesía y Guerra. Las dos primeras, trabadas entre sí, son dos temas eternos, siquiera tengan que adaptarse a los matices impuestos por la ideología de cada época. La guerra está dentro de la naturaleza del señor medieval, que la ejerce no por profesionalismo, sino por necesidad esencial para la conservación de su señorío.

«Siempre amar y amor seguir», dice uno de los motes que glosa Manrique. Al amor dedicó la mayor, aunque no la mejor, parte de sus versos, y fino y galante servidor tuvo que ser hombre que dice:

Con dolorido cuidado,
desgrado, pena y dolor,
parto yo, triste amador,
de amores desamparado;
de amores, que no de amor.

Los versos amatorios de aquella época no son, desde luego, un indicio cierto para determinar particularidades biográficas. El tema era obligado y estaba dentro de la costumbre caballeresca. Su tío don Gómez, el otro gran poeta

de la familia, diseñará en unos versos el ideal humano de su tiempo:

En las armas virtuoso;
 en la corte buen galante;
 a los amigos, gracioso;
 a los contrarios, dañoso;
 de virtudes abundante^[16]

Quizá no fue nuestro poeta un típico don Juan cortejador impenitente, como lo fueron de seguro otros amigos suyos también poetas; pero sí rindió tributo a la condición ineludible de ser «en la corte buen galante». Cuando en sus famosas *Coplas* habla de damas y galanes, y de «fuegos encendidos / d'amadores» se adivina un dejo de nostalgia de la vida cortesana con sus brillantes saraos y sus indispensables devaneos amorosos.

Su amigo Guevara, en una de aquellas recuestas tan en boga por aquel entonces, y porque sabía «que estaba herido de un trueno»^[17], le pregunta cuál es mayor padecimiento, «dolor de trueno o de amores», y don Jorge le responde, como es obligación, dando prioridad al mal de amor.

Quién fuera aquella amiga que le besó estando dormido, o aquélla a quien le pide que se acuerde de

cuánto ha que comencé
 vuestro servicio,

no lo sabemos. El único nombre femenino que figura en esta partida del poeta es el de su esposa, doña Guiomar de Castañeda, hermana de su segunda madrastra. Haciendo gala de un juego virtuosista muy de la época, pone su nombre de pila como acróstico en una composición, y lo in-

serta en otra, ahora completo con la mención de sus linajes por los cuatro costados: Castañeda, Ayala, Silva y Meneses.

Probablemente casó muy joven y, leal amator, quizá su amiga y señora no fue otra que la propia doña Guiomar. También se suele decir que no se entendían bien, pero como veremos luego, matrimonio y amor cortés son dos cosas distintas.

En cualquier caso, y por encima de todas las diferencias, podría aplicarse aquí la afirmación posterior que en *La Doro-tea* pone Lope de Vega en boca de Fernando: «amar y hacer versos todo es uno»^[18].

La otra constante de la vida manriqueña, la guerra, está también implicada con la poesía y con el amor. Con frecuencia percibimos en sus versos los ecos de la batalla o el trajín de la vida de campaña. Tal sucede cuando identifica «los plazer e dulçores» con los «corredores» o soldados en avanzada, o cuando dice que la muerte es «la çelada / en que caemos», y, más directamente, cuando nos presenta

Las huestes innumerables,
los pendones, estandartes
e banderas,
los castillos impugnables,
los muros e baluartes
e barreras,
la cava honda, chapada.

Y, con frecuencia también, se sirve de elementos tomados de su experiencia bélica para alegorizar los intrincados vericuetos de la vida amorosa, según vemos, por ejemplo, en los poemas *Castillo de Amor* y *Escala de Amor*.

La presencia real de sus vivencias más inmediatas y permanentes es, como nota José María de Cossío, uno de los valores más estimables del mensaje poético de Jorge Manrique, y sus vehículos más logrados «son evocaciones vivas, términos presentes a la imaginación y a la urgencia lírica,

no sujetos impalpables ofrecidos al razonamiento y a la lógica»^[19]. Si aquellos «ríos / que van a dar en la mar» nos hacen pensar en el «caudal» Duero, el «mediano» Carrión o el «chico» Sequillo, discurriendo por la nativa llanura castellana, también están presentes con validez moral, y por tanto poética, todas las demás cosas que constituyen su vida, y entre ellas es la guerra una de las más destacadas.

Todos los biógrafos de don Jorge citan como el primero de sus hechos de armas el de la batalla de Ajofrín (Toledo), ocurrida en 1470; pero sus treinta años aproximados de entonces parecen una edad un poco madura para recibir su bautismo bélico. La hazaña es referida por Alonso de Palencia y, copiando a éste, por Mosén Diego de Valera, que dice cómo «don Jorge Manrique, comendador de Montizón, maravillosamente favoreció a don Álvaro de Estúñiga, su primo» en la cruenta disputa que éste tuvo con don Juan de Valenzuela por la provisión del priorato de San Juan. Nuestro poeta «como fuese cavallero mucho esforçado e con entera voluntad quisiere ayudarle» atacó con los suyos «e con grande osadía, paso a paso, fue ferir en los contrarios»^[20], alzándose con la victoria.

En octubre de 1474 murió el poderoso don Juan Pacheco, maestre de Santiago, y dos meses más tarde moría también el rey Enrique IV. La vacante del maestrazgo que dejaba el primero, y la del trono, ambas en circunstancias difíciles, dieron ocasión para que se recrudecieran las disensiones entre los grandes, que se declararon en guerra abierta. Los Manrique llevaron en ella la mejor parte, pues consiguieron para don Rodrigo el maestrazgo a que aspiraba hacía mucho tiempo, y para don Jorge, una buena prebenda dentro de la misma Orden de Santiago. Y, lo que es más, lograron ver en el trono a su amada princesa doña Isabel. Ya años antes, en 1465, habían alzado como rey en Ávila al joven infante don Alfonso que murió tres años después, en la pubertad. Todo ello costó mucho, frente a la dura oposi-

ción del bando contrario, acaudillado por los Pacheco, que querían reivindicar para sí la jefatura santiaguista como patrimonio hereditario, y que, lo mismo que el belicoso arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo, deseaban proclamar reina a la infortunada doña Juana, llamada *la Beltraneja*. Se luchaba en todas partes, y, sobre todo, en las tierras de Toledo, Cuenca y Albacete, feudos de los Villena, o Pacheco, y del turbulento prelado, en las que nuestro poeta y su padre y hermanos se batieron con bravura.

Pero no hay bien que dure, y en noviembre de 1476, casi sin transición entre el campo de batalla y el lecho de muerte, fallecía en Ocaña el anciano don Rodrigo, comido por un cáncer que le desfiguró el rostro:

después de tanta hazaña
a que non puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la muerte a llamar
a su puerta.

Una nueva presencia de la muerte para don Jorge, y esta vez mucho más de cerca e hiriendo en punto harto más sensible. Es entonces cuando el poeta encuentra la ocasión de su vida para verter en un poema único la gran lección aprendida a través de los años en la sabiduría de los demás y en carne propia. Otra vez la realidad palpable y al alcance de la mano, dando jugo nutricio a sus versos.

No pasará mucho tiempo sin que llegue el turno al mismo Jorge Manrique. Siguen las guerras movidas por los inquietos defensores de la Beltraneja, recelosos del giro que la política va tomando bajo el gobierno de los nuevos reyes. Continúa el marqués de Villena, hijo y heredero del difunto don Juan Pacheco, siendo el más importante cabecilla de la subversión. Era el año 1478, quizá el otoño, cuando, según cuenta Pulgar, fueron destacados al marquesado

de Villena don Jorge Manrique y don Pedro Ruiz de Alarcón con sus hombres de armas «para guardar aquella tierra e resistir cualquier guerra e fuerça que el marqués en ella tentase fazer; e para fazer guerra a la çibdad de Chinchilla, e a las villas de Belmonte e Alarcón e al castillo de Garcimuñoz, que estaban por él»^[21]. Allí debieron permanecer todo el invierno y, ya en la primavera de 1479, estando el de Villena pertrechado en el castillo de Garcimuñoz, atacaron las tropas reales esta fortaleza rebelde y en una de aquellas embestidas «el capitán Jorge Manrique se metió con tanta osadía entre los enemigos, que, por no ser visto de los suyos para que fuera socorrido, le firieron de muchos golpes, e murió peleando cerca de las puertas del castillo»^[22].

Sin alcanzar quizá los cuarenta años, moría el gran poeta con la espada en la mano en circunstancias parecidas a las que, años más tarde, concurrirían en la muerte de Garcilaso. Dejaba mujer, que murió antes de 1506, e hijos, uno de ellos varón, del que se tiene noticia hasta 1515.

La poesía

La obra poética de Jorge Manrique

El número de composiciones que han llegado hasta nosotros es realmente escaso. Cuarenta y nueve poemas, poco más de dos mil trescientos versos en total, publica la edición más completa hasta la fecha^[23]. No puede asegurarse absolutamente que esto sea todo lo que escribió, y podría ser que se hubiera perdido algo más. Por lo pronto, en el Cancionero General de 1511, folio 122 r., figura la canción *Con tantos males guerreo*, que le es imputable. Es fama que a su muerte y entre sus ropas se le encontraron dos estrofas de un poema moral que dejó inconcluso y que, probablemente, componía por aquellos días alternando el ejercicio de la guerra con el de la poesía. Fue continuado posteriormente por Rodrigo Osorio, y aunque alguna vez se le atribuye a Manrique, esta continuación está muy en línea con su punto de partida.

La temática y la intención de estas cuarenta y nueve composiciones ha permitido clasificarlas en tres grupos: poesía amorosa, burlesca y moral. En el primero caben hasta cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco poemas que abarcan, aproximadamente, el 75 por 100 de la obra total. En el segundo, ciento sesenta y nueve versos distribuidos en tres obrillas de desigual dimensión. En el tercero están las cuarenta coplas dobles de pie quebrado dedicadas a la muerte de su padre —el mayor y más trascendental de sus poemas—, con cuatrocientos ochenta versos, y los veinticuatro pri-